

Antonio de Hoyos

## EL PRINCIPE DE LAMPEDUSA Y SICILIA

*Al Príncipe Don Diego de Vera D'Aragona,  
amigo de Nápoles.*

### TRADICION Y ACTUALIDAD DE «EL GATTOPARDO»

**E**NTRE las noticias que corren en Italia sobre el príncipe Giuseppe Tomasi de Lampedusa, me llamó mucho la atención una de las que me contó el prof. Prini. Este admirador de la obra de Lampedusa decía que el autor de *El Gattopardo* tenía la costumbre de asistir en Palermo a la tertulia de amigos. En la reunión había gente de variada condición social; sicilianos inteligentes y habladores, agudos y dramáticos, desenfadados y humoristas, gentes, en fin, que conservan con elegancia natural una rica matización del pensamiento y de la vida efectiva germinada y mantenida en el Mediterráneo.

En la tertulia se hablaba de todo, y los diálogos tenían la agilidad sabia del ocio. A veces, el tono de la conversación subía muy alto, y las ideas se multiplicaban de tal forma, que se caía en una viva confusión ingenua o insensata. Lampedusa oía y no hablaba, y cuando alguno le preguntaba: «¿Excelencia, qué opina de esto?», el príncipe, con brevedad y agudeza, emitía un juicio rotundo y claro. Los contertulios quedaban asombrados, y alguno se permitía censurar la conducta irónica de Lampedusa. El príncipe sonreía, y con frecuencia citaba algún pensador griego en homenaje a la disciplina del diálogo.

Esta noticia, el magnífico discurso sobre Sicilia que puede leerse en *El Gattopardo*, el cuento *Lighea* y otras curiosas notas de la vida de Lampedusa y de su obra, viene a reforzar la idea que un lector atento obtiene



de la famosa novela. Es decir; leyendo a Lampedusa nos encontramos ante un escritor seguro de unas convicciones y de unas ideas sobre lo que son las cosas y el mundo. Vemos en el libro un repertorio de ideas vivas que Ortega llamaría, sistema de plenitud actual, semejante a lo que hoy entendemos por cultura.

Esta indudable sensación que el lector experimenta en la novela es la nota más importante; en consecuencia, las ideas que han hecho posible la existencia de esta novela, es acaso lo más esencial. Y así debe ser cuando el lector, a medida que va leyendo, va viendo cómo todavía se mantienen esquemas sobre las cosas y el mundo que hacen de la Italia del Sur y de Sicilia un foco potente, donde los hombres tienen ocasión de reaccionar dentro de su contorno natural.

No es esto, por supuesto, en el tiempo que corre, un descubrimiento sólo de Lampedusa. A la altura de Calabria y de Sicilia, y con otros presupuestos de orden más complejo y político, Albert Camus, ha renovado un estilo natural de la vida, recordando la antigua manera de mirar de los pensadores griegos, y los supuestos culturales que ordenaron la vida de Europa. Como en la obra de Lampedusa, en la obra de Camus, el amor y la muerte, la bondad y la belleza, la sensualidad o la melancolía, ha disciplinado la mirada, y cada uno ha fijado en su retina aquellas notas de la vida más cercanas a su corazón. Años antes, el novelista español Gabriel Miró, miraba de forma semejante en las tierras de Alicante y Murcia, junto al Mediterráneo y a la misma altura del paralelo de Sicilia. Se ve que esta constante del mar azul, es un buen reactivo para la creación al mismo tiempo que favorece una disciplina de la libertad.

Esta elección literaria, que de vez en cuando aparece en la estética novelística como imperativo de vitalidad, se eleva sobre el destino de los hombres nuevos, y no tiene nada que ver con el retorno a un estilo primitivo de existencia. Se trata, según la concepción orteguiana, de consagrar la vida haciendo de ella un principio y un derecho. Esta semejanza en mirar el mundo y de expresarlo en el clima de ensueño de la novela, hace que el lector dirija también su mirada hacia esas zonas del mar, y a esos hombres con capacidad todavía para sentir y conservar la vida de una forma que llamaríamos orgullo o condición natural. Acaso, en la respiración de las tierras del sur, pueda hallarse ese orgullo que hace todavía del hombre un ser libre.

Del respeto que Lampedusa tiene a la libertad, vemos nacer en la no-



vela una nueva vida que tiñe de melancolía el corazón del príncipe. De ese mismo respeto, presentimos en Camus un futuro diferente, noble y justo. Es posible que aquello que llamamos indolencia napolitana, calabresa o siciliana, no sea otra cosa que una sabia posición de respeto a la realidad, de clara visión de la condición humana, como si una misteriosa intuición les dijese que de nuevo y siempre la flor tierna brotará en la tierra seca, dejando su signo de asombrosa frescura en el aire caliente, en la luz cegadora.

*El Gattopardo*, nos abre de nuevo las puertas de la luz clásica, y en la bella y dura vida de Sicilia, la naturaleza hace que el pensamiento cobre la sabiduría que el tiempo ha ido depositando sobre la tierra originaria, donde se conserva la sensibilidad y el amor a las cosas.

De forma semejante a como aconteció con Benjamín Constant,, o como acontece en Alain Fournier, Lampedusa ha conseguido interesar a miles de lectores de toda Europa con una novela y unos cuentos sin complejo técnico, cosa que llama la atención y contrasta con los actuales problemas y técnicas de la novela, tan atendidos y considerados por la crítica.

*El Gattopardo* es un libro que ha sido engendrado por el imperativo aristocrático del príncipe y guiado por el lema medieval «noblesse oblige». La novela ofrece un admirable perfil estilístico, dentro de una narrativa sobria, conocida y elegante, continuando la tradición de la novela que llena la Europa del siglo XIX, y se mantiene hasta los años en torno a 1930; es decir, hasta el tiempo en que se plenifica la nueva vida que el príncipe presiente y que Malraux recogerá en *La Condition Humaine*.

Es, pues, *El Gattopardo* una obra de arte por el hecho de ser eso mismo. Es, como dice Pagliaro en su espléndido libro *La Parola e l'immagine* a propósito de unas cuestiones de expresión, «una realtà che vive in noi ed è come un filo luminoso che viene ad intrecciare nella trama più profonda della nostra vita, al di sotto della razionalità conscia di sé. In questo senso, continúa Pagliaro, l'opera è un dato del nostro esistere, è un momento nel tempo vissuto». Realmente así puede considerarse la novela, ya que el tema histórico es sólo un apoyo donde germinan cuestiones de interés actual, problemas que nos afectan vivamente, y que tienen la frescura de lo que hoy acontece. El tema histórico de la Unidad de Italia, se ve superado por cuanto Lampedusa dice sobre el amor a la vida, el goce y placer de vivir, el sentido de las flores y de los árboles, el interés por la lluvia o por el cambio del tiempo, la fuerza del sol, la tradición clásica de Sicilia, la luz cegadora o el mar azul. Su sensibilidad le permite conocer



con detalle la naturaleza y los hombres, haciendo de la vida en torno un gran espectáculo.

Tiene la novela una bella y elegante sensualidad, donde brota por contraste, la melancolía y la lírica triste del paso de los años. La noble sensualidad del príncipe ordena la didáctica de la obra de arte, y de esta forma, la prosa va creando un libro de realidad y de ficción donde el escritor y el personaje Príncipe de Salina formulan una interesante caracterización, aleccionadora y crítica de la historia de Italia y de la vida de Sicilia.

Sobre dos temas esenciales de la vida, como son la naturaleza y la cultura, este libro, que conecta con la línea brillante de la novelística italiana, ha venido a enriquecer la tradición, precisamente en un momento de complejidades técnicas y de problemas literarios confusos como la situación política. Se ve que la emoción literaria y su testimonio de protesta o de amor a la vida, de desengaño o de esperanza, nace de una antigua semilla, tan fértil y tan humana como esta condición natural de Lampedusa.

En el tema histórico de la novela, que el escritor elige como homenaje a la «Unità», monta su repertorio ideológico, y teje el cañamazo del libro. De esta forma, el lector comienza haciéndose idea del tiempo pasado, de las costumbres de la aristocracia, de sus privilegios o de su generosidad y trato con las gentes, así como de la condición natural de un príncipe siciliano capaz de renunciar a la herencia de unos privilegios, mientras observa el nacimiento de otra clase más compleja, más práctica, menos generosa.

Desde que leemos las primeras líneas notamos, como dice Giorgio Bassani en el prefacio, que se trata de un «lavoro serio, opera de un vero scrittore». Aunque fue tardía la elección de Lampedusa a escribir, estuvo acertado en la elección, y ya se sabe que en ello radica una parte esencial del estilo y del éxito. Como escribe Abagnano en *Posibilità e libertà*, «scegliere bene significa scegliere ancora e sempre». Ya en el primer capítulo notamos el pulso de la vida italiana y el acontecimiento histórico de Garibaldi, y desde este momento, en estilo ameno y jugoso, la garra de Lampedusa aprisiona sus recuerdos y su vida en torno, mientras su prosa hace que surja el libro donde hay una exégesis soñadora y crítica de los acontecimientos. Acaso, la cuidada despreocupación de Lampedusa, sea lo que contribuye a ese ritmo literario tan agradable. En este sentido, como hemos indicado, *El Gattopardo* da continuidad a la línea novelística europea,



donde el escritor está presente y vive la peripecia de los personajes, sirviéndose de ellos para expresar sus ideas sobre las cosas, y especialmente aprovechando la ocasión literaria para dar a conocer de nuevo el brío, el interés y el drama de las gentes de Sicilia, caracterizando, no sólo la vida de la isla, sino una espaciosa zona del Mediterráneo donde sigue vigente una forma de entender la vida de indudable trascendencia. Las indicaciones, observaciones y detalles del autor, le permiten perfilar unos tipos y situaciones, en las que el lector se detiene, medita y acepta.

## TRASCENDENCIA DE LA NOVELA

En la fuerza conceptual de los temas que generan el hilo argumental se observa el rango y la calidad de los valores que regulan la vida siciliana. Siempre es la naturaleza quien gobierna y estimula las ideas del príncipe Salina; las gentes, el medio natural donde se desenvuelven, y la disciplina humanística que el escritor cultiva, contribuye a dejar patente lo que se entiende como fenómeno mediterráneo, su relación con la Italia actual y las formas de vida del norte, del centro y del sur. Es fácil notar en el pensamiento de Lampedusa el estímulo que representa la triple modalidad del alma italiana, que «grosso modo», podría diferenciarse entre la modernidad del norte, serenidad del centro, y tradición del sur. Esta matización humana entrelazada en el artificio de la novela, rebasa, como indicamos, la peripecia argumental, en tanto que nos muestra la realidad siciliana y el pensamiento de sus hombres: interpretación racial y política, más firme que las opiniones a que estamos habituados, cuando ocurre hablar de estas diferencias que se señalan con cierto apasionamiento no exento de error. Unas líneas de *El Gattopardo* dirigidas al piemontés Chevalley son aleccionadoras para quien al juzgar la tierras del sur lo hace con gesto de desenfado.

«Siamo vecchi, dice el príncipe Salina a Chevalley, vechissimi. Sono venticinque secoli almeno che portiamo sulle spalle il peso di magnifiche civiltà eterogenee, tutte venute da fuori, nessuna germogliata da noi stessi, nessuna a cui noi abbiamo dato il la; noi siamo dei bianchi quanto lo è lei, Chevalley, e quanto la regina d'Inghilterra; eppure da duemilacinquecento anni siamo colonia. Non lo dico per lagnarmi; è colpa nostra. Ma siamo stanci e svuotati lo stesso... Il sonno è ciò che i Siciliani vogliono,



ed essi odieranno sempre chi li vorrà svegliare... Tutte le manifestazioni siciliane sono manifestazioni oniriche, anche le più violente: la nostra sensualità è desiderio di oblio... il nostro aspetto meditativo è quello del nulla que volesse scrutare gli enigmi del nirvana». Esta caracterización se completa con otras notas sobre el paisaje, «che ignora le vie di mezzo fra la mollezza lasciva e l'arsura dannata; che non è mai meschino... questo paese che a poche miglia di distanza ha l'inferno attorno a Randazo e la bellezza della baia di Taormina; questo clima che c'infligge sei mesi di febbre a quaranta gradi... Questa violenza del paesaggio, questa crudeltà del clima, questa tensione continua di ogni, questi monumenti, anche del passato, magnifici ma incomprensibili perché non edificati da noi e che ci stanno intorno come bellissime fantasmi muti, presto detestati, e sempre insompresi... tutte queste cose hanno formato il caratter nostro che così rimane condizionato da fatalità esteriori oltre che da una terrificante insularità d'animo».

El «infierno ideológico» que muestra el príncipe, es una realidad literaria germinada sobre otra realidad natural, apresada en su nivel más alto, precisamente donde se generan las ideas que permanecen y sirven para caracterizar y definir, aunque sea aprovechando el nivel no habitual, o el perfil dramático de la exageración. Pero es cierto, que en esta tensión de contrastes y de diferencias se há forjado el alma siciliana, como también el alma napolitana, entre la miseria y la elegancia, entre la fiebre y la maravilla de la tierra, la luz y el mar. Esta otra cara de la encantadora isla, que la naturaleza matiza cuando está serena, hace que el espíritu del sur penetre en el secreto sutil de la belleza, la gracia, la agilidad intelectual, el amor a las cosas o el respeto a la dignidad humana, como si el espíritu siciliano fuese semejante al paisaje abierto de Selenunte en el tiempo en que las flores del campo hacen homenaje a las gigantes ruinas, o el sol rubio y grana colorea Trapani en los bellos atardeceres de la primavera; o alegra el alma en las mañanas tibias de los huertos de Palermo, el hombre afina los sentidos, mientras va creando una norma de la vida disciplinada por el paisaje clásico, permanente y humana. Acaso por esto, dice el poeta Quasimondo: «faremo un giorno una carta poetica del Sud; e non importa se tocherà la Magna Grecia ancora, il suo cielo sopra immagini imperturbabili d'innocenza e di sensi accecati. Là, forse, sta nascendo la «permanenza» della poesia». Las palabras del poeta vienen a fortalecer la tesis de Lampedusa; es decir, la defensa de una realidad vital, histórica



que formula en los hombres una natural inclinación, donde las cosas se transmutan en hechos de conciencia, imágenes o ideas.

Nace de aquí esa permanencia o estabilidad de los hábitos y costumbres del sur, la seguridad que manifiestan en todo; nace también la agilidad crítica disciplinada en la órbita externa de los demás.

Todas estas notas que devienen de la novela, relacionadas con el carácter y modo de ser de los sicilianos, hace que el lector atienda el criterio de Lampedusa al mostrar una cuestión tan sugestiva de la forma que lo consigue; es decir, señalando los defectos y admirando las ventajas, objetivando cuanto puede, mientras dibuja, con la ayuda de sus personajes, el conflicto sentimental y extraño que lleva consigo los acontecimientos de la unidad italiana.

El tema político, es otro apoyo para poner de relieve la situación y la vida de Sicilia, en relación con los hechos políticos concebidos y puestos en marcha desde el norte de Italia. Lampedusa ha reconstruido el pasado con la serenidad necesaria para que no se noten sus protestas de aristócrata, no a la revolución y al inevitable movimiento de unidad, sino a la petulancia ordinaria de la nueva clase, a los discursos pomposos, a los equívocos que restaban prestancia a su situación de privilegio, mientras admiraba la intervención generosa y clara de su sobrino Tancredi en las tropas garabaldinas. Desde la perspectiva del fin de las dos Sicilias, con lo que se daba término a un estilo de la aristocracia, y a una vida nueva que traspasaba los privilegios, el príncipe de Lampedusa obliga al lector de su novela a mirar por este lado de la historia y de la vida siciliana.

Estas notas que trascienden, como hemos indicado, la peripecia de la novela, mantienen el gran tono del libro, en torno a las cuales el autor deja abierto el escape de su sensualidad, matizada por los estados de ánimo y por la belleza de la tierra. Así nace *Il ciclone amoroso* entre Angélica y Tancredi, tan maravillosamente expresado, tan real y lleno de detalles, que parece haber sido escrito en el instante mismo en que los enamorados se pierden en los sótanos de la casa para besarse y enloquecer con la alegría radiante del enamoramiento. Así también, el duro viaje a Donnafugata con sus paisajes siniestros, en una tierra quemada y polvorienta, de costumbres primitivas, sirve de contraste para notar el placer fresco del agua y el descanso de los ojos en las zonas verdes, y para recordar otros espacios llenos de flores, cubriendo el valle donde se alza rotundo un templo clásico.



Si en el *Gatopardo*, Lampedusa se complace en mostrar el «infierno ideológico» de Sicilia, en el cuento *Lighea*, renueva la dignidad histórica del humanismo y formula una estética viva y poética de Sicilia. Este breve cuento, quizás el más interesante de todos, lo protagoniza un personaje «gatopardesco», culto e irónico, simpático y aristócrata; un profesor de lengua y literatura griegas, famoso en Europa en el cual se apoya Lampedusa para poner claridad en conceptos que todavía no se entienden bien. La tesis orgullosa del temperamento siciliano que esgrime en el *Gatopardo*, para mostrar al piemontés Chevalley lo que es el espíritu del pueblo, cobra un perfil diferente, saturado de humanismo clásico: «E inutile negarlo, dice Lampedusa, noi italiani figli (o padri) di primo letto del Rinascimento stimiamo il Grande Umanista superiore a qualsiasi altro essere umano. La possibilità di trovarmi adesso in quotidiana prossimità del più alto rappresentante di questa sapienza delicata, quasi necromantica e poco redditizia, mi lusingava e turbava; provavo le medesime sensazioni di un giovane statunitense che venga presentato al signore Gillette: timore, rispetto e una forma particolare di non ignobile invidia».

Con ironía en *Lighea*, o con violencia orgullosa en el *Gatopardo*, el príncipe protesta de las cosas que no están bien. Desprecia toda beatitud simuladora, y ríe de la solemnidad necia del privilegio nuevo. Le da lo mismo que sean sus compatriotas del norte de Italia en el tiempo pasado, como los del centro o del sur, en el presente; la tontería solemne le irrita y le pone melancólico. Parece decir, que las estrategias políticas prepotentes u ordinarias, en el Mediterráneo producen irritación y desprecio: «L'orgoglio, sì, va bene, è preferibile alla falsa modestia». De una u otra forma, notamos la protesta del aristócrata humanista, sobre todo cuando ve que permanecen hábitos reconocidos como viejos. Protesta de una clase vencida por unas gentes que renuevan con hipocresía y «falsa modestia» privilegios que se ostentaban con elegancia natural. Como la estirpe de los Salina entiende el tránsito natural de la política, el arte y la ciencia, el último gatopardo, humanista y profesor, aprovecha la ocasión para recordar a los torpes lo que es su tierra y su pueblo, como privilegio dignificado por la cultura. Y de este modo surge el interesante diálogo de *Lighea* entre el profesor La Ciura y el periodista Corbera de Salina, última variante de la gatopardería, los cuales hablan «della Sicilia eterna, di





quella delle cose di natura; del profumo di rosmarino sui Nèbrodi, del gusto del miele di Mellini, dell'ondeggiare delle messi in una giornata ventosa di maggio come si vede da Enna, delle solitudini in torno a Siracusa, delle raffiche di profumo riversato, si dice, su Palermo dagli agrumeti durante certi tramonti di Giugno... de certe notti estive in vista del golfo di Catellammare, quando le stelle si specchiano nel mare che dorme e lo spirito di chi è coricato riverso fra i lentischi si perde nel vortice del cielo mentre il corpo, tenso e all'erta, teme avvicinarsi dei demoni... ¡Il mare!, il mare di Sicilia è il più colorito, il più romantico di quanto ne abbia visti...». El diálogo acontece en la biblioteca del profesor, entre sonrisas estáticas e irónicas de esculturas griegas. Allí beben el vino de Chipre y rememoran el triunfo luminoso de las tardes de octubre sicilianas después de la lluvia, y las noches hondas y azules de agosto.

Lampedusa se oclace en mostrar esta otra cara de la Sicilia clásica, y sus alusiones tienen una delicada significación, estética y sensual. Sin embargo, la muerte es un personaje que se difunde entre los acontecimientos. La vida y la muerte se unen en dolorosa expresión. Desde el recuerdo que Lampedusa esgrime, que es ya casi rozar la muerte, hasta el admirable capítulo de la muerte del príncipe de Salina en el *Gatopardo*, esta imagen está presente para que de este modo se valore la vida. Como Don Juan «ve pasar junto a su bello perfil de galán andaluz la trágica silueta de la muerte que le acompaña por donde quiera», el aristócrata siciliano ve la muerte en todas partes, y hace de su imagen trágica un símbolo de su vida. El soldado abandonado en el jardín, descompuesto y lleno de hormigas, es una estampa-símbolo, que en forma diferente permanecerá a lo largo de la novela. La muerte del príncipe en la habitación del hotel, cierra la historia de este gatopardo, jovial y grave, moral y heroico.

Un epílogo, también melancólico, que adormece la casa de Salina, va dejando paso al tiempo nuevo de la Unidad italiana, mientras las canciones del Sur se confunden con las melodías de las operetas, muchas de las cuales han sido pensadas y realizadas en Italia sobre asuntos franceses, para que así el espíritu nuevo de esta unidad cultural europea sueñe y se refleje en la gracia italiana, en el lujo vienés, o en la finura francesa. Cuando es el 1900, los españoles se entregan entusiasmados a la cadencia romántica de la Duquesa del Bal Tabarín. Tiene Europa todavía por delante catorce años de vida donde lo antiguo impacta la sorpresa de lo nue-



vo. Muchas de estas sorpresas son las que han estimulado a Lampedusa a la redacción de la novela, fragmentando en los Cuentos las cuestiones que más le quitaron el sueño, tales como el comienzo de una clase social que va demostrando la inutilidad de otra, desde el punto de vista práctico. Acaso por lo mismo, y para evitar críticas, Lampedusa se hace humanista y profesor, y a través del personaje La Ciura, y del recuerdo a los lugares de su infancia, dice cuanto la mayoría calla, dejando para Sicilia una hermosa descripción llena de esperanza.

Es curioso notar que en las dos ocasiones que Lampedusa se ocupa con seriedad de Sicilia, existe una polaridad nórdica que le estimula. En *El Gattopardo* es el piemontés Chevalley quien le hace declamar la sinfonía dramática, donde Sicilia es como fruta madura a punto de descomponerse. En el cuento *Lighea*, dos sicilianos hablan de su tierra en la ciudad de Torino, mientras el lector de hoy va viendo la Italia actual, nacida de una historia nórdica, renacentista, germinada a su vez en gracia a una cultura clásica del Sur. Entre ambos extremos de la tierra italiana, hay un espacio de serenidad que equilibra los impulsos, donde Florencia, sabia y grave, presiona sobre las dos latitudes. Decididamente en los cuentos Lampedusa estructura la complicada vida de Sicilia, y en *Lighea*, hay un desahogo de su corazón. En las orillas del mar, y en las tierras calientes del interior, ha aprendido el príncipe a conocer a los hombres. Por ese perfil del humanismo explica y defiende lo que debe permanecer, donde radica la elegancia y los privilegios, donde está la belleza y la comprensión. Sin rencor al tránsito natural de la vida que ha desplazado a su clase, Lampedusa ha entendido y cultivado este otro privilegio que le permite crear al profesor La Ciura.

Es natural que un aristócrata de este «trapío», viese con gesto melancólico languidecer un mundo de cosas amadas, y es también natural que este intelectual, sensual y romántico, viese en la muerte un signo inexorable de igualdad entre los hombres. Sólo ante el misterio de la verdad trascendente se calma la protesta del príncipe. Acaso por esto mismo, elige esa labor magistral de apostolado, que es algo así como una variante de su generosidad y de la de sus antepasados. De acuerdo con los acontecimientos, va muy bien a Lampedusa seguir la indicación científica de Don Fabrizio. Es la mejor manera de poder desenmascarar a los hipócritas. Realmente es igual que el suceso se muestre en la mentalidad de un aristócrata, como en la de un profesor de humanidades. Es cuestión de autenticidad. La far-



sa y la simulación es otra historia de acomodación, triste y despreciable. Lo importante es el mandato viejo, «noblesse oblige», y aquí radica el secreto, no apto para menores de espíritu.

De nuevo, este príncipe de la isla desconocida alza su voz clásica, y limpia los caminos del humanismo. Por las antiguas rutas que iniciaron el conocimiento, dando al hombre su condición de ser trascendente, ha caminado Lampedusa, con ritmo acompasado de ensueño novelístico.

